

“Tenemos —dijo— algunas deudas pendientes con las ironías, con las ilusiones que nosotros mismos nos hemos hecho en ocasiones. Tenemos algunas deudas pendientes con la necesidad... con la pobreza. Tenemos algunas deudas con el subdesarrollo...” Y, como si quisiera resumir su pensamiento en una frase, añadió: “Es más fácil ganar veinte guerras que la batalla del desarrollo.”

CUBA: PROSIGUE LA BATALLA DEL DESARROLLO

Alonso AGUILAR M.

En los días en que en medio de una explicable y contagiosa euforia el pueblo cubano celebraba el triunfo de su revolución, era frecuente recoger en La Habana, tanto del hombre de la calle como de algunos altos funcionarios, la impresión de que aun los problemas más graves que por entonces aquejaban a la Isla serían resueltos en poco tiempo. Todavía en 1961 y 1962 se creía que los desajustes obedecían a circunstancias pasajeras y a la crisis que, inevitablemente, debía seguir a la lucha armada; y no faltaban quienes, tras la victoria relampagueante de Playa Girón, consideraban que a partir de ahí se iniciaría un rápido desarrollo industrial que pronto haría de Cuba un país avanzado y próspero.

El optimismo reinante era comprensible. Los rebeldes de la Sierra Maestra, con los supervivientes del *Granma* a la cabeza, habían destruido el poderoso y corrupto ejército de la tiranía; la revolución afirmaba la confianza del pueblo en sí mismo y Cuba empezaba, al fin, a ser la Cuba independiente y digna de Martí y de Maceo, un país alegre y en pleno proceso de cambio, abierto al debate y en que la gente podía hablar y reunirse sin temor a la represión policiaca o militar; o como solía decirse en aquellos días en que EUA canceló a Cuba la cuota azucarera: un país “sin cuota, pero sin amo”.

En julio de 1970, cuando muchos esperaban que Fidel Castro aprovechara el aniversario del asalto al cuartel Moncada para dar cuenta de los avances de la revolución, el líder cubano habló de las fallas, de los tropiezos, de los vicios heredados del capitalismo y aun no liquidados totalmente.

La respuesta a lo dicho por el Primer Ministro cubano no se hizo esperar. Como en otras ocasiones, el reconocimiento de defectos y errores en la marcha de la revolución fue maliciosamente presentado por el enemigo como la demostración de que se acercaba el derrumbe del “*castro-comunismo*”. En cada problema no resuelto, en la escasez de ciertos alimentos y prendas de vestir, en la persistencia del racionamiento, en las fallas de la zafra azucarera, los gusanos de toda partes quisieron ver la incapacidad de la nueva Cuba para enfrentarse a sus viejos problemas. Pero la alharaca reaccionaria no preocupó a los dirigentes cubanos. La crítica y la autocritica respondían al propósito de encarar, directa y francamente con el pueblo, no a espaldas de él, situaciones graves que era preciso corregir. Que el enemigo las aprovecharía y tergiversaría en su provecho, era obvio; pero, a la vez, secundario. Como diría el propio Fidel: “el enemigo nos importa un bledo”.

De entonces acá ha transcurrido un año, un año más de esfuerzo y de lucha, de avances, tropiezos y nuevas experiencias, por lo que cabría preguntar: ¿Cuáles son hoy las condiciones de Cuba? ¿Persisten algunos graves problemas o se han corregido ya? Los dirigentes cubanos admiten con franqueza que “aun hay muchas dificultades”. La zafra de 1971 ha sido inferior a la prevista; la producción de tabaco ha descendido; sigue habiendo “colas” en las tiendas y escasez de artículos de consumo; se mantiene el racionamiento y hay exceso de dinero en circulación. Y ¿no demuestran tales problemas que la situación es grave y que no parecen entreverse soluciones satisfactorias? ¿No exhibe una profunda crisis el solo hecho de que la producción de azúcar siga siendo insuficiente, o el que, a varios años de haberse impuesto, aún no pueda prescindirse del racionamiento? Si no se repara en el marco histórico, en la situación política y aun en el escenario geográfico en que Cuba libra la batalla del desarrollo, es posible que los avances se antojen modestos y la gravedad de ciertos problemas parezca mayor de lo que realmente es; pero si las cosas se examinan de cerca y con un mínimo de objetividad, resulta fácil en-

tender lo que ocurre, apreciar los progresos no pocas veces sorprendentes y advertir que se está a punto de resolver problemas que hasta hace poco tiempo parecían insolubles.

¿Qué es lo que sucede, verbigracia, alrededor de la caña? Cuando hablamos de una cosecha insuficiente, de más de 6 millones de toneladas, estamos frente a cifras que en la Cuba prerrevolucionaria de hace apenas poco más de una década eran excepcionales. La industria, pues, no está, ni mucho menos —como los enemigos de la revolución suelen asegurarlo— en bancarrota. En verdad casi no hay un aspecto en que no se haya avanzado grandemente: las variedades de caña que hoy se emplean son de más alto rendimiento que las de antes; la localización de las plantaciones es más adecuada; muchas viejas e ineficientes instalaciones han dejado de operar, y la industria, en general, se ha reorganizado. Pese a todo ello y a que la modernización está en marcha; pese a que los tractores han sustituido en gran parte a los bueyes, los camiones a las carretas tradicionales, las grúas al pico y la pala y el corte mecánico al machete, la productividad sigue siendo baja y la necesidad de acelerar la modernización, impostergable.

¿Por qué hay escasez de ciertos bienes de consumo? Por razones bien sencillas: porque Cuba destina buena parte de los que produce al pago de los bienes de producción que, siéndole indispensables, tiene que adquirir en el exterior; porque tal intercambio se realiza en condiciones de precios todavía desfavorables y, sobre todo, porque al triunfar una revolución popular el consumo tiende a crecer mucho más de prisa que la producción; ésto, a su vez, debido a que al aumentar el volumen de ocupación se incrementa rápidamente la demanda de alimentos y otros bienes de consumo y a que para elevar la producción es preciso a menudo depender de obras costosas que toma varios años construir, y por otra parte, a que simultáneamente adopta una política social en la que el cuidado de los niños, de los ancianos, los enfermos, la mujer... y en general el impulso de la educación y la salud pública, obligan a atender a sectores populares que antes quedaban casi al margen de la preocupación oficial y del gasto público.

¿Por qué subsiste el racionamiento? Porque habiendo escasez, y al mismo tiempo un alto poder de compra en amplios sectores de la población, de no racionarse el consumo se adoptaría, de hecho, una política discriminatoria e injusta —favorable a quienes disponen de mayor capacidad económica—, análoga a la empleada bajo el capitalismo, en donde, por cierto, existe en la práctica un racionamiento aún más severo que imponen los bajos salarios y el desempleo. Pero mien-

tras en Cuba hay una libreta que asegura a cada quien un mínimo de bienes de consumo, en países como el nuestro es otro tipo de libreta, la de cheques, lo que permite a unos consumir toda clase de artículos suntuarios y aun dilapidar escandalosa y criminalmente la riqueza social mientras las masas, que crean esa riqueza con su esfuerzo, carecen de lo necesario.

Los problemas que afectan a Cuba no significan que la revolución haya fracasado. Antes bien confirman que está en marcha y que, como toda genuina revolución, tropieza con la tenaz resistencia que, desde dentro y fuera del país le oponen los beneficiarios del viejo orden. Y en rigor así ha sido siempre. Toda revolución implica trastornos, desequilibrios y etapas difíciles en las que el nuevo sistema tiene que superar múltiples obstáculos para poder desplegar toda su potencialidad. En México, por ejemplo, en el marco mucho más modesto de una revolución democrático-burguesa que estalla en 1910 y triunfa en 1916, diez años más tarde, apenas se inicia la fase de reconstrucción institucional y, todavía en 1934, está en gran medida por hacerse la reforma agraria exigida por los campesinos dos décadas atrás, y que, en 1971, por cierto —a los 60 años del Plan de Ayala— sigue aún en gran medida irrealizada. Incluso la revolución de octubre que triunfa en Rusia en 1917, se enfrenta en el siguiente decenio a toda clase de problemas y lanza el primer plan quinquenal hasta 1929. ¿Qué tiene entonces de extraño que un pequeño país como Cuba siga encarando serias dificultades? ¿Qué tiene de raro que ello ocurra en una nación que arrastra una pesada herencia de atraso y explotación, bloqueada por el imperialismo y expuesta a toda clase de agresiones? Lo cierto, en realidad; lo extraordinario y digno de mayor respeto es que, a pesar de la hostilidad del enemigo, a pesar de las calumnias y sabotajes de los guasnos y agentes de la CIA, a pesar del bloqueo y de las incursiones mercenarias Cuba sigue en pie, tan resuelta como el primer día a defender su justa causa y librando con éxito la guerra contra la miseria y contra quienes quisieran perpetuarla.

Cuba sufrió, tradicionalmente, un alto nivel de desempleo y subempleo. Cuando la revolución triunfó se lograron ciertos avances sin grandes esfuerzos porque había recursos ociosos: agua, electricidad, capacidad instalada en las fábricas, tierras susceptibles de aprovecharse, cuantiosos inventarios de mercancías y, sobre todo, mano de obra desocupada. Lo que por cierto es típico del capitalismo y, en particular, del capitalismo del subdesarrollo.

En poco tiempo la situación se modificó radicalmente: el nivel de utilización del potencial productivo se elevó en toda la economía y

pronto empezaron a surgir situaciones de escasez. La estrategia, a partir de aquí, tenía que ser una en la que junto a lograr el máximo empleo, sobre todo de la fuerza de trabajo, debía incrementarse la productividad.

O en otras palabras: de un crecimiento fundamentalmente extensivo basado en la expansión de los recursos productivos, se pasaría a uno esencialmente intensivo en que el factor más dinámico del proceso de desarrollo sería la elevación de los rendimientos unitarios en todo el frente económico. Por ello se ha designado a 1971 el “año de la productividad”, lo que no implica como a primera vista pudiera creerse, que se esté dando la mayor atención a cuestiones meramente económicas. El problema de la productividad no es sólo un asunto económico: es también social político y cultural pues como gráficamente ha dicho Fidel Castro la baja productividad “es el barril sin fondo que se traga los recursos humanos.”

La productividad no puede elevarse mediante una o varias medidas aisladas. Para lograr rendimientos sustancialmente más altos es preciso tener más y mejores máquinas, cuidarlas con esmero, usar las técnicas más adecuadas, organizarse, reducir desperdicios y costos, trabajar con mayor eficiencia y explotar racionalmente todos los recursos. Pero la racionalidad, a su vez, no se consigue como por encanto. Bajo el socialismo hay también fallas y errores, ignorancia y falta de responsabilidad. Y aunque la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción permite eliminar la causa principal de la anarquía, las leyes de la proporcionalidad y la armonía no operan bajo ese sistema, menos todavía en la fase de transición, en la forma automática que ciertos manuales sugieren, y al margen de la acción concreta. La racionalidad no aparece en forma súbita en ningún sistema social: surge a consecuencia de un largo proceso en que el advenimiento, primero del capitalismo, y siglos después —y esto es lo decisivo— su liquidación, constituyen dos hechos históricos que, dialécticamente, contribuyen a crear un tipo de sociedad más racional.

Desde otra perspectiva, para elevar la productividad es necesario desarrollarse, superar el atraso y la dependencia a partir de una economía moderna y eficiente, en la que no sólo cambien el monto y los patrones conforme a los cuales se combinan los recursos materiales, sino el nivel de conciencia y el papel de las masas en el proceso productivo. O dicho de otro modo: para implantar el socialismo, no digamos el comunismo, no basta enarbolar un ideal, por noble y válido que éste sea: es preciso crear una nueva base material y, en buena

medida, un nuevo tipo de hombre. Fidel lo ha dicho en pocas y expresivas palabras: “Vamos a crear riquezas con la conciencia y no conciencia con la riqueza”. Lo que equivale a expresar que la conciencia no se forma solamente *a posteriori*, como función pasiva del desarrollo, sino que es también condición esencial de éste.

Pero ¿de qué medidas se echa mano para sortear los más graves problemas? ¿Qué mecanismos, y sobre todo qué fuerzas se están poniendo en marcha para impulsar el proceso? Cuba ha rebasado, definitivamente, la posibilidad de depender de soluciones espontáneas, de dejar las cosas a su suerte a la manera en que, en gran medida, depende el capitalismo del mecanismo del mercado y de los precios. Aunque todavía hay relaciones mercantiles que influyen en el sistema económico, ya no hay una “iniciativa privada” que al amparo de la explotación y el móvil de lucro pudiera atacar un sólo problema, a no ser —y ello sin éxito— el problema mismo de la revolución cubana y sus avances indiscutibles. En la práctica, en consecuencia, sólo quedan dos opciones: hacer que el gobierno imponga de arriba abajo, o sea burocráticamente, las decisiones fundamentales, o fortalecer la vía democrática llevando los problemas a las masas, discutiendo con ellas, elevando su nivel de organización y de conciencia política, y recogiendo directamente del pueblo, cada vez en mayor medida, el caudal de energía de iniciativa creadora, de experiencia y de ideas que sólo el pueblo puede dar. Estas no son meras palabras ni buenos deseos; el reforzamiento de la acción de las masas es toda una nueva fase de la revolución, un aumento en que se produce un cambio de fondo consistente en que los trabajadores empiezan a ser la vanguardia no sólo ya de la lucha revolucionaria sino de la construcción del socialismo.

Dentro de este nuevo marco, en el último año se ha obtenido logros de gran significación. Se expidió, por ejemplo, la ley contra la vagancia, que permitirá incorporar cerca de cien mil trabajadores a la fuerza laboral y que al ser adoptada tras de discutirse en centenares de asambleas populares se ha vuelto un formidable vehículo de politización que, con base en un derecho y una moral diferente a los que en su beneficio impuso en otros tiempos la burguesía, aspira a convertir el privilegio capitalista de la vagancia en un crimen contra la sociedad.

En materia educativa se han logrado nuevos avances, y los acuerdos del I Congreso Nacional dejan ver una concepción integral que, en cierto modo, exhibe toda una revolución cultural en marcha.

Algunos de esos acuerdos establecen:

“La cultura, como la educación no es ni puede ser apolítica ni imparcial, en tanto que es un fenómeno social e histórico condicionado por las necesidades de las clases sociales y sus luchas e intereses a lo largo de la historia...”

“La revolución socialista en sí es el más alto logro de la cultura cubana... La cultura de una sociedad colectivista es una actividad de las masas, no el monopolio de una élite...” “En el seno de las masas se halla el verdadero genio y no en cenáculos o en individuos aislados...”

“Rechazamos las pretensiones de la maffia de intelectuales pseudoizquierdistas de convertirse en la conciencia crítica de la sociedad... (que) es el pueblo mismo y, en primer término, la clase obrera...”

“Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética...”

“Cese ya para siempre el juego con el destino de los pueblos... desde esta plaza sitiada proclamamos que nuestro pueblo tiene que dar un grito de independencia bien alto contra el coloniaje cultural...”

En materia económica cobra impulso el proceso de diversificación y desarrollo y se hacen esfuerzos para reducir la dependencia que, al triunfo de la revolución, era inevitable. En fin, empiezan a producirse cambios profundos en la naturaleza del estado, y mientras en ciertas áreas avanza y se consolida la centralización, en otras se suavizan y aun eliminan los controles administrativos y la comunidad extiende su radio de acción sobre numerosos problemas locales.

Pero más impresionante que las múltiples medidas que se adoptan aquí y allá es el ambiente en que se toman las decisiones. En el Congreso de Educación y Cultura se aprobaron 2 500 resoluciones y discutieron cerca de 5 000 recomendaciones. Por todas partes se celebran asambleas, se discute, se critica y se aprende “la ciencia de liberar la energía nuclear de las masas”. Empieza a surgir un nuevo tipo de gobierno, una genuina democracia que nada tiene que ver, naturalmente, con el parlamentarismo burgués ni con las democracias representativas de la OEA.

Cuba avanza día con día; se proletariza y, en este sentido, se democratiza. Mas el proceso no está libre de obstáculos. El pueblo cubano nunca supo lo que es realmente la democracia porque sólo la conoció en los sueños y las luchas de Martí y los próceres de la in-

dependencia; y el empezar a vivirla, en un medio en que los campesinos no eran dueños de su tierra ni los obreros de sus sindicatos, es todo menos fácil. La desenajenación, el convertirse en protagonista activo y consciente, el dejar de ser víctima de la explotación para volverse actor de un drama colectivo y de masas como es la revolución, plantea toda suerte de problemas. Por encima de los errores, a veces inevitables que en ella se cometen, afloran los viejos vicios, los antagonismos de clase aún no liquidados plenamente y los múltiples escollos que hacen del progreso social una lucha dura y sin tregua. Acaso por ello ciertos intelectuales aprovechan cualquier pretexto para lanzarse contra la revolución cubana, la que según ellos ya no es democrática ni respeta la libertad intelectual. ¡Qué pobre, en verdad, la causa de estos nuevos y enérgicos críticos de Cuba, que incapaces de marchar al ritmo del proceso cubano, vanidosamente se tornan jueces de la más grande revolución habida hasta ahora en tierras americanas! ¡Cuán pobre y débil su alegato, que ni siquiera deja en claro lo que postulan y lo que persiguen! Lo único que exhibe su actitud es vanidad, tendencia a pontificar, oportunismo, menosprecio pequeño-burgués de las masas y una ridícula pretensión de creer que, al condenar a la revolución cubana, es ésta y no sus gratuitos e improvisados jueces, quien sufrirá las consecuencias. La reafirmación de solidaridad hacia Cuba de numerosos intelectuales y, sobre todo, la caracterización que de los nuevos críticos de la revolución cubana ha hecho el Comandante Castro, probablemente no deje de inquietar a quienes hayan procedido de buena fe: “Agentillos del colonialismo cultural...” “Están en guerra contra nosotros. ¡Qué bueno... Se van a desenmascarar y van a quedar desnudos hasta los tobillos...”

Cuando las revoluciones prenden en el corazón de un pueblo son invencibles. Lo demostró la revolución rusa de octubre, que en las más duras condiciones acabó por imponerse a la invasión de 15 ó 16 de los países más poderosos de entonces. Lo demostró también la revolución china, frente a la que a la postre nada significó la “cortina financiera” de más de 11 000 millones de dólares enterrados por el imperialismo yanqui para sostener a su aliado Chian Kai-shek, y lo está demostrando el heroísmo ejemplar del pueblo de Vietnam, ante el que ha fracasado inclusive el genocidio.

Cuba marcha hacia adelante. La solidaridad de otros pueblos hacia ella no es meramente simbólica ni se limita, a estas horas, a la ayuda generosa de los países socialistas. El fantasma de la revolución recorre América Latina, en donde las masas se radicalizan y cobran conciencia de sus intereses de clase. Pese a tropiezos y vicisitudes avan-

zan las luchas populares en Bolivia y Uruguay. Perú da un nuevo impulso al nacionalismo y Chile pone en marcha una transformación social que atemoriza a la burguesía nacional y extranjera y alerta a las masas sobre la necesidad de implantar el socialismo: único camino para consolidar lo ya conseguido y alcanzar metas más ambiciosas. Aun en países como Colombia, Venezuela y México los sectores más conscientes del pueblo empiezan a repudiar las "soluciones" reformistas con que la clase en el poder, a menudo a través de voceros izquierdizantes, pretende mantener enajenadas a las masas y alejarlas de la lucha revolucionaria.

Cuba sigue en pie pese al enpeño con que tratan de destruirla sus enemigos. Como hace cinco o diez años, allí está, trabajando intensamente para superar el atraso y con el fusil en una mano para repeler cualquier agresión. Allí está, alumbrando desde la Sierra Maestra el camino de la revolución latinoamericana y recordando, con sus héroes de Playa Girón, que cualesquiera sean sus problemas y dificultades, el imperialismo no es ya invencible para los pueblos que se enfrentan resueltamente a él.

En estos días en que se renueva una ofensiva internacional contra la revolución cubana; en que, tergiversando dolosamente la realidad, se repite a menudo que la situación en la Isla se agrava; en que aún suele asegurarse que se aproxima el momento propicio para un ataque exitoso desde fuera, es oportuno recordar a los provocadores las palabras, ahora más vigentes que nunca, de Maceo:

Quien intente apoderarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si es que no perece en la contienda.